
EL PROYECTO EUROPEO DE ESPAÑA EN EL SIGLO XX

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano*

La exposición que voy a hacer se ocupa de tres temas principales. Ante todo, de la mayoritaria y duradera preocupación de los intelectuales españoles, desde 1898, por conseguir la modernización del país a través de su europeización. En segundo lugar, de cómo en tres lustros la nación española se transformó social y económicamente y se puso en condiciones, una vez cumplida la transición a la democracia, de formar parte con plenitud de derechos de la Unión Europea y de mirar hacia su propio futuro desde esta plataforma. Por último, describiré y analizaré las opiniones de los dirigentes políticos más importantes hoy, así como las de la población, en lo que hace al cumplimiento del Tratado de Maastricht, sin olvidar las grietas que han empezado a abrirse en el consenso favorable a la integración total en Europa.

LA SINCRONIA EUROPEA COMO OBJETIVO

Deseo desde el primer momento reconocermelo, hoy y aquí, heredero de mis compatriotas que, al iniciarse este siglo, anhelaron «sincronizar» Espa-

* Sesión del día 9 de diciembre de 1997.

ña con Europa. En el siglo XIX se tenía la convicción de que el anterior se había perdido enteramente a estos efectos, ya que ni nos habíamos subido al carro de la ciencia moderna, ni nos habíamos incorporado a la Revolución Industrial. Actualmente, esta visión tan negativa de la Ilustración española se ha revisado en profundidad, investigándose entre otras cosas el interés de Jovellanos por la educación en todos sus grados y ramas, así como el propósito de las Sociedades Económicas del País de difundir en el pueblo las artes útiles y examinando con una intencionalidad renovada el reinado de Carlos III.

Conviene aclarar que las casi cuatro décadas que median entre 1898, el año de la pérdida de las últimas posesiones del que fuera gran Imperio español y 1936, el de la sublevación que inició la Guerra civil, no solamente contienen dentro de sus límites cronológicos el esplendor de varias generaciones de literatos y la madurez de otras tantas de políticos, sino que ponen a prueba un esfuerzo por europeizar España que ningún sociólogo puede soslayar como punto de referencia. De aquí el carácter tan fundamental de esta etapa, pese a que se abre con un gran desastre y se cierra con otro mucho mayor.

Fue Unamuno quien impulsó la europeización de España, al invitar, requerir mejor, a sus conciudadanos para que superaran su provincianismo y tomaran en sus manos «sus propias vidas y la su su país con sentido trascendente, con honda ambición»¹. «El hombre es lo que hemos de buscar en nuestra alma», escribió, y en aplicación de esta consigna publicó uno de los grandes libros europeos del siglo XX: *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Con él, Unamuno incorporó la teología protestante al horizonte religioso español, algo que nadie había hecho antes, y pasó a ser un disidente dentro de la tradición intelectual hispánica. «Unamuno, afirmó Maragall, fue sin duda el español más europeizado de su tiempo y el europeizador más singular, ya que para él Europa era el atormentado Kierkegaard o el agónico Pascal»².

Precisamente en un discurso que pronunció en 1902 en el Ateneo de Valencia proclamó contarse entre los «europeos nacidos y residentes en España, cuyo deber era imponerse a las kábilas peninsulares» y en su ensayo «Sobre el marasmo actual de España» adelantó la interpretación de que «la miseria mental de España arranca del aislamiento en que nos puso toda una conducta cifrada en

¹ Cfr. Juan Marichal: *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Taurus, Madrid, 1995, p. 123. En este apartado hago uso de lo expuesto en esta excelente obra.

² Juan Marichal, *op. cit.* p. 124.

el proteccionismo inquisitorial que ahogó en su cuna la Reforma castiza e impidió la entrada a la europea»³.

Pero el desdén que expresaba Unamuno por el proceso tecnológico, juntamente con lo particularísima que era su visión españolizadora de Europa, chocaron abiertamente con la que Ortega y Gasset y sus compañeros de la generación de 1914 entendían como la verdadera europeización de España. El breve pero inequívoco programa del máximo filósofo español —«España es el problema, Europa la solución»— encajaba bien con el clima intelectual predominante en la nación durante la primera década del siglo XX, cuya aspiración más generalizada era la de instalar en nuestro suelo el pensamiento racionalista moderno y sincronizar la ciencia española con la europea, porque «Europa es la ciencia». Para cumplirlo era indispensable disipar la imagen anacrónica de un país encapsulado en sus mitos —Don Juan, Carmen, El Cid—, en su fiesta de toros, en su cante flamenco y en su casticismo, y en esa dirección se habían ya puesto en marcha algunos intelectuales más o menos solitarios y, como grupo, los miembros de la Institución Libre de Enseñanza.

En 1923 Ortega inició la *Revista de Occidente*, que hasta 1936 fue la publicación periódica con más influencia en España e Hispanoamérica. Colaboraron en ella las primera figuras literarias, filosóficas y científicas de Europa y también lo más granado y prestigioso de la intelectualidad autóctona e hispánica. Aunque en 1922 ya había dicho Ortega que «los intelectuales españoles habían conquistado en la estimación de los demás pueblos un puesto para España que desde hacía siglos no ocupaba», *La rebelión de las masas*, editada a principios de la década siguiente, se convirtió en el símbolo más preclaro de esta afirmación, obtuvo una amplísima resonancia internacional y ofreció públicamente una interpretación española del mundo.

Sin embargo, para Ortega la europeización no era solamente un asunto cultural, sino además político y social, y de este convencimiento suyo derivaron tanto su gran admiración por Pablo Iglesias como su relación ambivalente con el que consideraba el mejor hombre político de su generación, Manuel Azaña. Lo cierto es que el uno y el otro estaban plenamente imbuidos de un anhelo europeísta muy similar. Ortega, que asistió en 1908 a algunas sesiones del Octavo Congreso del Partido Socialista, creyó comprobar que éste realizaba la «europeización obrera» de España y entusiasmado llegó incluso a asegurar que ser socialista era entonces una de las nuevas formas de ser europeo, pese a que no dejó

³ Miguel de Unamuno: *En torno al casticismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1996, pp. 169-170.

de percatarse del antiintelectualismo que predominaba entre sus afiliados y aunque no se lo reprochó a causa de la carencia de curiosidad que achacaba a los intelectuales. Es más, en una conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo de Madrid, en diciembre de 1909, llegó a decir lo siguiente: «El partido socialista tiene que ser el partido europeizador de España».

Según señala con acierto Marichal, el hercúleo trabajo intelectual de Ortega es inseparable de la historia entera de tres décadas españolas, 1906-1936, y supone una entrega total al que él estimaba imperativo político nacional⁴. Baste recordar que sus escritos políticos abarcan una tercera parte de su obra completa y que en su famoso discurso «Vieja y nueva política», de 23 de marzo de 1914, hace un llamamiento preciso a cambiar las estructuras políticas de España. Pese a ello y a que Ortega fue también escuchado por otras generaciones, la posibilidad de poner en ejecución sus propuestas no llegó hasta la proclamación de la Segunda República en 1931, con la entrada en el escenario político de Manuel Azaña en su calidad de político liberal y demócrata que, como tal, aceptaba «en principio el mejoramiento indefinido del hombre y la emancipación de la conciencia personal».

Desgraciadamente, las enconadas divisiones internas y los tristes presagios aportados por los regímenes totalitarios europeos coincidieron con esa ocasión única, con ese «camino ancho y limpio» hacia la modernización que podía haber sido la República. Su no realización es un asunto demasiado complejo y largo para ser tratado aquí. Tal vez sea mejor reproducir como epitafio para la tumba de tantas esperanzas lo que Azaña le dijo como resumen a Fernando de los Ríos: «Viviremos o nos enterrarán persuadidos de que nada de esto es lo que había que hacer». La sola y casi obsesiva preocupación de la República, que era «adelantar la civilización en España», se había malogrado y fracasó el político al que esta tarea le había sido encomendada y el país volvió a sumirse en su tradicional situación de periferia.

Poco después de acabada la guerra civil española comenzó la mundial, que arrasó Europa hasta 1945 y retrasó luego durante un lustro cualquier intento firme de colaboración entre los países alineados en los dos bandos contendientes. Salvador de Madariaga, un gran europeísta pero un pensador de menor talla que Ortega, desarrolló en su *Bosquejo de Europa*⁵, publicado en 1951, algunas ideas que expuso en 1948 en el Congreso organizado en La Haya por el Mo-

⁴ Juan Marichal, *op.cit.*, p. 216 y sigs.

⁵ Salvador de Madariaga: *Bosquejo de Europa*, Editorial Hermes, México 1951.

vimiento Europeo. Para él, Europa tendría que volver a pensar, sentir y escribir nuevamente su historia, para colocar cada hecho en su sitio y darle su significación europea de conjunto y sólo renacerá cuando pueda considerar como común a todas las naciones que la componen, y como constitutiva de una verdadera conciencia europea, la larga lista de catedrales, la herencia artística y el legado científico e intelectual de cada una de ellas.

Madariaga, sin embargo, era entonces un exiliado y su voz tenía escaso eco en España, donde había algunos autores que continuaron la escuela de Ortega. Entre ellos y en cuanto a la vocación europeísta sobresale Luis Díez del Corral, autor de *El rapto de Europa*⁶, un excelente libro concebido como interpretación histórica de nuestro tiempo, que ha sido traducido a varios idiomas y se ha convertido ya en una referencia obligada no solamente para los españoles sino para el público mundial. Justamente uno de sus capítulos se titula «Europa desde España» y en él afirma que una radical y dramática condición de nuestra historia es, desde sus más remotos orígenes, su movimiento pendular de aislamiento y ecumenidad⁷.

Como había sugerido Ganivet, otro escritor de la generación del 98, partidario del máximo aislamiento, «si la fatalidad histórica no nos hubiera puesto en la pendiente en que nos puso (al terminar la Reconquista), lo mismo que la fuerza nacional se transformó en acción, hubiera podido mantenerse encerrada en nuestro territorio, en una vida más íntima, más intensa, y hacer de nuestra nación una Grecia cristiana»⁸. Sea como sea, escribe Díez del Corral, aunque a primera vista nuestro siglo XIX parece «bien distinto y hasta contrario al de los otros pueblos europeos... hoy vemos cómo bajo el sonriente cariz burgués la centuria decimonónica escondía principios y consecuencias... que a su manera anduvo viviendo, con carácter excepcional, entre los europeos, el pueblo español»⁹.

La vivisección histórica hecha por Díez del Corral revela que España, por su accidentalismo extremo que llega hasta a cristianizar el Hemisferio Occidental descubierto, se distancia de Europa y también la compendia en mayor medida que otros países del continente. «La voz de la sangre y del espíritu le llaman a Europa, pero sin identificarse con ella, justamente por tanto haberla ser-

⁶ Luis Díez del Corral: *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid 1954.

⁷ Luis Díez del Corral, *op.cit.*, p. 73.

⁸ Angel Ganivet: *Idearium español*, en Obras completas, Madrid 6ª edición, p.87.

⁹ Luis Díez del Corral, *op.cit.*, p. 88.

vido en su etapa formativa, de lucha y contraste con el Islam, y luego en la de expansión. De esta suerte, el español se encuentra situado acaso no el el tronco mismo de la cultura occidental, pero sí en lo más hondo de sus raíces y en lo más soberbio y anchuroso de su fronda,...¹⁰.

Este enfoque entrañador de España en Europa lo compartió desde la distancia un gran intelectual español del exilio, Francisco Ayala, que lo expresó así: «Las bases culturales que nos capacitan (a los españoles) para incorporarnos de lleno al ámbito de la nueva libertad europea se encuentran en el fondo de nuestra tradición». En cambio, compitió dentro del país a finales de los años cincuenta y en la década siguiente con otro mucho más instrumental y sumamente receloso de las consecuencias de orden moral de la europeización necesaria, promovido por los nuevos tecnócratas y que se resume en una conocida fórmula de Florentino Pérez Embid: «europeización de los medios y españolización de los fines»¹¹.

LA GRAN TRANSFORMACION SOCIOECONOMICA DE ESPAÑA

Pero no consumiré más tiempo sin referirme al que sin duda ha sido el suceso español más trascendental de la segunda mitad del siglo XX: la modernización socioeconómica del país en la condiciones interiormente menos propicias que pudieran imaginarse. No fue impulsada por ninguna elite ni por la clase dirigente en conjunto y, pese a su simultaneidad con ella, tampoco está relacionada de un modo directo con la planificación indicativa de los tecnócratas. Fue el resultado de un haz singular de coincidencias dentro de Europa y de Occidente y de la movilización espontánea de la población, que aspiraba a mejorar sus condiciones de vida y sus niveles culturales, aunque también cabe interpretarla como una continuación de las tendencias socioeconómicas que la Guerra Civil de 1936-1939 interrumpió y que el aislamiento internacional impuesto por las potencias aliadas impidió recuperar antes de 1953.

¹⁰ Luis Díez del Corral, *op.cit.*, p. 92.

¹¹ Cfr. Alfonso Ortí: «Política y sociedad en el umbral de los años setenta» en Miguel Martínez Cuadrado (dir.): *Cambio social y modernización política: Análisis político español 1969*, Edicusa, Madrid 1970.

Puesto que la cuarentena del régimen de Franco fue muy severa hasta la fecha de los Acuerdos de Defensa Mutua entre Estados Unidos y España y el Concordato con la Santa Sede, firmados ambos en 1953, y dado que la economía del país quedó arruinada por la Guerra Civil, es comprensible que el Producto Interior Bruto de 1935 no se alcanzara otra vez hasta 1953. Los años de la posguerra presenciaron una dura represión política y ofrecieron un escenario de gran empobrecimiento, hasta la década de los años cincuenta, a finales de la cual (1959) se publicó el Plan de Estabilización que, aunque formalmente atribuido a una misión del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, fue en gran parte obra de los «nuevos economistas españoles», encabezados por Juan Sardá Dexeus. A partir de él y como consecuencia del abandono del ideal autárquico, las cosas empezaron a cambiar y pronto lo hicieron con inusitada rapidez. Asombrosamente, la España que parecía dormida se despertó y se puso a andar, como lo demuestran algunos cambios socioeconómicos básicos que deseo comentar brevemente y que fueron impulsados por unas generaciones que se sacrificaron mucho por sus hijos y sucesores.

1. Redistribución de la población

Entre 1960 y 1975 más de seis millones y medio de españoles cambiaron de lugar de residencia, yéndose del campo a las ciudades o fuera de las fronteras patrias. De esta manera, en pocos años, casi el 20 por ciento de la población total acudió desde todos los rincones del país a unos pocos lugares escogidos: principalmente Madrid, Barcelona y el País Vasco.

Amplias secciones del territorio nacional perdieron población a causa de su bajo nivel de vida y por la alta tasa de desempleo que en ellas prevalecía, siendo los factores de repulsión en el origen de esta emigración interior mucho más importantes que los de atracción en el destino, es decir, en las áreas urbanas. Así fue como la vieja España tradicional pronto se vio transformada en una sociedad urbana, en una fecha precisa de los años sesenta que desconocemos.

En el período 1900-1930 nuestras ciudades de 100.000 y más habitantes absorbieron alrededor del 36% del aumento total de la población, mientras que entre 1930 y 1970 esta proporción subió hasta el 87,3%. Un tan rápido crecimiento de la población urbana trajo consigo un considerable número de problemas, requiriendo una fuerte inversión de capital en infraestructuras urbanas y la provisión de múltiples servicios ciudadanos básicos, a la vez que se producía un alto grado de desorganización social en la áreas rurales. Después de la crisis causada por la elevación de los precios de las materias primas en 1973, este vasto movimiento de población se debilitó primero y se estabilizó luego a un nivel muy inferior.

2. Emigración

Con posterioridad a 1939 la emigración española a Ultramar nunca recobró el volumen que tenía antes de 1936. En primer lugar, por las restricciones a la libertad de viajar asociadas con la Segunda Guerra Mundial; en segundo, por el empeoramiento de la situación social y económica en los países de destino, como Venezuela, Argentina, Cuba y otros y, finalmente, porque la començada reconstrucción de los países europeos devastados por la Guerra Mundial requería abundante mano de obra que se reclutó en los países del Sur de Europa.

Si bien las estadísticas españolas y las de los países de destino difieren enormemente, puede estimarse en casi un millón y cuarto el número de emigrantes españoles hasta 1973, cifra a la que hay que añadir otra similar de emigrantes de temporada y una de emigrantes ilegales cuya cuantía no se conoce con exactitud, pero que fue muy importante. El carácter de la nueva emigración, legal e ilegal, se diferenció sin embargo, desde el principio de la tradicional, dado que estaba compuesta sobre todo por hombres jóvenes activos económicamente, que no regresaban a España por lo menos durante el primer año de cada una de sus ausencias.

La relevancia de este proceso para la transformación del país no precisa encomio. En torno a 1958 las estadísticas reflejan que más de un millón de braceros carecían de trabajo en el campo, siendo difícil de estimar el efecto negativo potencial de esta cifra en los esfuerzos por industrializar España que habían de venir en la siguiente década. En contraste con la dirigida a Ultramar, esta emigración nunca fue definitiva para la mayoría de los implicados y una alta proporción, más del ochenta por ciento, regresaba a sus casas al menos una vez durante los tres primeros años. Gracias a la emigración estos trabajadores encontraron ocupación en otras economías europeas y enviaron a sus familias remesas de divisas fuertes, que sirvieron para adquirir en el mercado internacional equipos muy necesarios para la producción industrial. De hecho, estas remesas ascendieron entre 1959 y 1969 a algo más de 3.900 millones de dólares y superaron a todas las inversiones de capital extranjero a largo plazo que tuvieron entrada en España durante el mismo período.

3. Turismo

En la década de los años sesenta el turismo se multiplicó velozmente y, como en años recientes han visitado España más de 55 millones de turistas por año, la importancia económica de este hecho tiende a oscurecer otras con-

secuencias suyas para el país. Aunque el volumen del ingresos anuales que produce supera los 15.000 millones de dólares, su significación social y cultural va mucho más lejos. El efecto demostración del disfrute de vacaciones en un país extranjero por parte de masas de trabajadores de clase media-media y media-baja, así como su elevada capacidad de consumo en comparación con la de los nacionales, han servido desde hace más de treinta y cinco años para cambiar la mentalidad y la forma de vida de millones de españoles. Es muy posible que en términos puramente económicos unos turistas más ricos y más cultos hubieran sido mejores para nuestras costas, nuestras playas, nuestra calidad de vida y desde luego nuestra Hacienda Pública, pero en términos sociales sus características valieron sobre todo para estimular a nuestros ciudadanos.

4. La familia

Los cambios en la vida familiar han sido muchos y muy relevantes en España en el período del que estoy hablando, de modo que ahora solamente puedo mencionar algunos. Primero sobresale el descenso de la natalidad, desde una tasa bruta de 27 nacidos por 1000 habitantes en el período 1931-1935 a otra de 20 en el quinquenio de 1951-1955, debido sin duda al control voluntario motivado por la extensión de la secularización y otros factores concomitantes. La referida tasa de natalidad descendió luego hasta 12,2 en 1984 y el número de hijos por mujer ha alcanzado permanece en un mínimo histórico de 1,2, que es junto con el de Italia el más bajo del mundo.

A su vez, las mujeres se han ido incorporando al sector de servicios de la economía, creciendo con rapidez su participación en ocupaciones que antes eran predio de los hombres. El cambio del status de la mujer se ha manifestado con particular nitidez en la educación, tanto superior como secundaria, al mismo tiempo que se han modificado aspectos básicos de la vida familiar, como la edad al contraer matrimonio. Dado que este no es el lugar más adecuado para extenderme sobre la democratización de la vida familiar en España, me limitaré a señalar que la división doméstica del trabajo y la toma de decisiones dentro de la familia también han experimentado grandes transformaciones.

5. El cambio ocupacional y la estratificación social

Como consecuencia de la redistribución de la población y de la emigración del campo a la ciudad, la estructura ocupacional ha cambiado mucho. El porcentaje de población económicamente activa ocupada en la agricultura se re-

dujo desde más del 50% en 1940 al 25% en 1970 y al 13,7% en 1987, estando ahora por debajo del 10%. Durante el mismo período, el sector de los servicios subió desde el 27% en 1940 hasta el 37% en 1970 y el 46,3% en 1987.

A la vieja sociedad campesina le ha sucedido otra urbana en la que predomina una clase media nueva y dinámica, como nunca antes la tuvimos. El grupo de terratenientes, pequeños hombres de negocios, comerciantes, artesanos, pequeña burguesía y rentistas, que formaron la base social primigenia del régimen de Franco, se disolvió con el paso del tiempo y la transformación de la estructura social. Así, los terratenientes perdieron su poder cuando en la economía se instaló una burguesía nueva y más emprendedora, lo pequeños propietarios agrícolas emigraron a las ciudades y la inflación devoró las rentas de los que vivían de ellas in trabajar, es decir, de las viejas clases medias.

Entre 1950 y 1984 el número de profesionales, técnicos, gerentes, administrativos, vendedores y comerciantes pasó de ser el 13,9% de la población económicamente activa a ser el 33,4% y aún hay más: entre 1965 y 1984 el número total de profesionales, personal de servicios y administrativo, las categorías comerciales y técnicas más los empresarios, los gerentes y directores, los empresarios sin empleados y los trabajadores independientes aumentaron desde el 34,5% al 51,8%, en tanto que los obreros manuales y los trabajadores agrícolas decrecieron desde el 64,9% al 45,5% entre esas mismas fechas.

6. Educación

Entre el curso 1955-56 y el de 1969-1970 los estudiantes matriculados en la educación secundaria aumentaron de 320.000 a 1.371.000, respondiendo muy positivamente a la prosperidad que se extendía por el país. La creación de centros de enseñanza se multiplicó cuando ya la gente había mostrado con sus acciones el alto valor que concedía a la educación. Y algo parecido aconteció en el sector universitario, donde desde un total de 77.000 estudiantes en 1960 se pasó a otro de 192.000 en 1969-1970.

En paralelo con este proceso surgieron nuevas profesiones y cambió en gran medida la distribución de los estudiantes entre las Humanidades, las Ciencias de la Vida, las Ciencias de la Naturaleza y las Ciencias Sociales. En el curso 1983-1984, cuando se aprobó la Ley de Reforma Universitaria, el número de estudiantes universitarios era ya de 750.000 y desde entonces ha crecido hasta 1.500.000 en la actualidad, aunque sin una mejora correlativa en la calidad de la educación o en las perspectivas de empleo de los nuevos graduados.

7. Otros cambios

Huelga señalar de nuevo que hay muchos otros cambios de los que se podría hablar al describir la transformación de España en una sociedad moderna. Uno podría ser la influencia de la televisión en el comportamiento y en las actitudes, principalmente a través de los telefilms producidos en sociedades más avanzadas, como Estados Unidos. Otro las pautas de consumo, que nos permiten calificar a España de sociedad moderna, aunque sigan existiendo en ella considerables diferencias regionales. Conviene recordar aquí que el PIB per capita aumentó desde 300 dólares en 1959 hasta 2.500 en 1975, fecha en la que llegó a aproximarse más a la media de la Comunidad Europea que hoy, cuando se cifra en unos 12.500.

La nueva cultura urbana, a su vez, ha traído consigo multitud de problemas que son comunes a todas o casi todas las sociedades avanzadas, como los delitos contra la propiedad, la violencia contra las personas, las toxicomanías y la marginalidad de los «sin techo» y de otros grupos de personas. En más de un aspecto cabe decir que en España hemos experimentado y seguimos haciéndolo la crisis de un orden social tradicional y los dolores del parto de otro nuevo, según se aprecia en la confusión de valores que caracteriza a la actual sociedad española.

Y no se olvide que todo esto sucedió en el tiempo de una generación, así como que lo que fue más importante, la movilización de la población, no sólo no fue impulsada, sino que en algunos casos fue incluso contenida. Tal y como se han descrito estaban las cosas cuando Franco murió y hubo al fin que plantearse de modo definitivo e inevitable la llamada cuestión sucesoria. Esta, frente a lo que muchos temían en el resto del mundo, nunca se vio amenazada por el peligro de una nueva guerra civil. La Ley de Prensa de 1966 había inaugurado un proceso de liberalización que, conjuntado con los cambios sociales antes reseñados, nos había impulsado hacia la democratización, pese a las actitudes de una ajada y envejecida clase política que aún se adornaba con los ropajes del poder autoritario y a que el anciano dictador siguió ejerciendo hasta el final su poder omnímodo. Cuando llegó su muerte en 1975, poco más del cinco por ciento de los españoles vivos había tenido la experiencia directa de la guerra civil de 1936-1939 y una nueva generación se hallaba dispuesta a asumir la tarea urgente de cambiar el sistema político.

De hecho, las nuevas generaciones se venían expresando ya mucho más democráticamente que las anteriores y así lo prueban las Encuestas de la Juventud realizadas desde 1959 en adelante y, en especial, la muy significativa de 1968. Solamente en lo político era entonces España plenamente diferente del res-

to de las sociedades industriales y la mayoría de la población percibía que era cuestión de tiempo que llegara el cambio político lógico, esperado y sin traumas, de la autocracia a la democracia.

LA ESPAÑA DEMOCRÁTICA Y LA INTEGRACION EUROPEA

Los primeros pasos de las Comunidades Europeas no fueron ignorados por España, que nada pudo intentar ni en 1951, cuando seis países firmaron en París el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, ni en 1957, cuando mediante los Tratados de Roma nacieron la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). En 1962, sin embargo, el Ministro español de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, envió una carta a Bruselas solicitando la apertura de negociaciones con los seis países comunitarios de entonces, mencionando la adhesión plena como un objetivo futuro aunque sin pedirla, porque era imposible para un Estado no democrático. Ocho años más tarde se firmó el llamado acuerdo preferencial, que tan beneficiosos resultados aportó a la economía española y, finalmente, el 12 de junio de 1985 se suscribió en Madrid el Tratado por el que España se incorporó a las Comunidades Europeas, en un acto en el que el Rey Juan Carlos I pronunció las siguientes palabras: «España... nunca quiso dejar de ser Europa. A lo largo de las historia, España ha estado presente en los principales esfuerzos de Europa y se propone seguir estándolo».

El ingreso en las Comunidades fue posible por la insistencia de los gobiernos democráticos españoles, eso desde luego, pero principalmente por el respaldo unánime de la opinión, tanto de la popular, gracias a la inesperadamente conseguida «europeización obrera», como de los dirigentes políticos, absolutamente convencidos todos de que era la solución para el problema de España. Así lo demuestran algunos resultados de las encuestas realizadas desde su fundación en 1964 por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)¹², antes llamado Instituto de la

¹² En 1994 realizó una encuesta especial sobre *La opinión pública española y la integración europea: 1994*, cuyo informe fue redactado por Juan Díez Medrano y se publicó en 1995. Ver también el *Eurobarómetro* núm. 44, de abril de 1996.

Opinión Pública, y más recientemente por los Informes INCIPE, de 1991, 1992, 1995 y 1998 según los cuales los objetivos económicos no son los prioritarios en la relación con Europa, sino que van por detrás de los de la integración social y política.

A juicio de los ciudadanos, si bien España ha de plantearse objetivos económicos frente a la Unión Europea, ha de considerar también lo ya alcanzado en materia de integración cultural y social, que no es demasiado. Perduran todavía bastantes reticencias históricas entre los países miembros, que obstaculizan un acercamiento real entre las culturas nacionales, y la desaparición de las barreras que separan a los pueblos europeos es una de las mayores aspiraciones que puede tener el continente, puesto que sin ella la construcción política corre el riesgo de empantanarse en un conjunto de normas técnicas más o menos amplias, que de ninguna manera podrían suplir la voluntad de lograr una verdadera identidad europea¹³.

El comienzo de nuestra andadura formal dentro de la Comunidad Europea constituyó un hito de nuestra historia reciente y despertó grandes expectativas al culminar un largo y penoso proceso negociador, en el que después se ha visto que se atendió más a obtener la homologación política que a satisfacer aspiraciones sectoriales importantes para nuestra economía. Se logró la integración plena, pero los diferentes períodos transitorios establecidos para ciertos sectores económicos atemperaron poco a poco la euforia. Durante los primeros años los españoles consideraron que los beneficios eran mayores que los perjuicios y así se vivió durante más de un lustro, hasta que comenzó la crisis económica.

La tendencia favorable a Europa se quebró a partir de 1992, fecha en la que las opiniones contrarias a los beneficios obtenidos por nuestro ingreso se convirtieron en mayoritarias. La percepción de los perjuicios fue luego en aumento y, en 1995, a la hora de valorar nuestra pertenencia a la Unión Europea la opinión pública se decantaba por destacarlos o por la ambigüedad: el 30% de los consultados optaba por manifestar que Europa no nos había aportado ni beneficios ni perjuicios, mientras que un 35% se inclinaba por considerar beneficiosa la aventura europea y un 23% la juzgaba perjudicial. Habíamos pasado así del 62% que en 1988 estimaba beneficioso para nosotros ser miembros de la hoy Unión Europea al 35,6% y, en esos mismos siete años, de un 9% que lo consideraba perjudicial a un 22,9%. Todavía más, si en 1988 el 31% no había definido aún su posición en este aspecto, en 1995 se hallaba en la misma situación casi el 42%¹⁴.

¹³ Salustiano del Campo: *La opinión pública española y la política exterior*, Informe INCIPE 1995, Madrid, 1995, p. 47.

¹⁴ Cfr. Informe INCIPE 1995, *op.cit.* p. 56, Tabla 6.3.1.

Por otro lado, aunque los expertos incluidos en la muestra ad hoc del informe —que son periodistas, diputados, expertos en relaciones internacionales, profesores, diplomáticos, militares y empresarios— siguen valorando positivamente los beneficios obtenidos mediante nuestra integración en la Europa comunitaria, la percepción de los españoles tiende ahora a recelar de las ventajas y a insistir más en los inconvenientes. Esto es muy visible entre los representantes de los sectores económicos, con la excepción amortiguada del agrícola a causa de las subvenciones recibidas. La construcción, en cambio, es el sector más crítico y a él le siguen los trabajadores del sector privado de los servicios.

En una valoración general y conjunta de los beneficios logrados por algunos sectores de nuestra economía, teniendo en cuenta la incidencia en ellos de nuestra incorporación a la Comunidad Europea, los relacionados con la agricultura, la pesca, la ganadería y el empleo, son los que menos beneficios han obtenido. El sector más beneficiado es sin duda el turismo, que en opinión del 56% de los españoles es el que está obteniendo más ventajas.

La edad de los entrevistados no aporta grandes diferencias en esta apreciación, pero el nivel educativo añade el dato de la sensible diferencia que existe entre la opinión de quienes tienen educación superior y el resto de la población. Los primeros otorgan a la pertenencia a Europa la valoración más favorable y se sitúan al mismo tiempo en las posiciones ideológicas más a la izquierda.

El comercio es uno de los sectores que, en opinión de los entrevistados, ha sufrido menos perjuicios por nuestra entrada en la Unión Europea, valorándose positivamente su influencia en 1991 y 1992. Sin embargo, esa percepción optimista no se ha mantenido con el paso del tiempo y se ha ido abriendo una brecha importante en la confianza depositada en la política comercial común. Así se observa en la subida del recelo en cuanto a las políticas abiertas y flexibles y en la reaparición del proteccionismo. En 1991 el 51% de los consultados era partidario de políticas comerciales más abiertas que proteccionistas, mientras que en 1995 esta mayoría se había transformado en un 37% a favor de la seguridad que pueden ofrecer políticas comerciales proteccionistas, frente al 29% que siguen respaldando las flexibles y abiertas.

Pero hay, además, otro aspecto a considerar en el proceso hacia la Unión Europea, según aparece prevista en el Tratado de Maastricht, porque, como es sabido, en 1998 tenía que alcanzarse el objetivo de la moneda única (EMU) y configurarse un verdadero espacio común europeo, aunque dejando en manos de los gobiernos respectivos algunas de las políticas más representativas. La integración de estas políticas queda sin embargo reducida a una cooperación in-

tergubernamental, como la que se practica en la política exterior o de seguridad, que tan pobres resultados ha arrojado en la guerra civil de Yugoslavia.

Las implicaciones inmediatas del Tratado para las políticas económicas nacionales se resume en una palabra: convergencia. Esto quiere decir que todos los países hubieron de conseguir unos indicadores económicos concretos para probar adecuadamente sus posibilidades de sumarse a las diferentes fases previstas en el Tratado de Maastricht. El esfuerzo por lograr estos objetivos, a tiempo o con retraso respecto a la fecha fijada, dio origen al planteamiento de una Europa de dos velocidades, que asustó a los españoles. La opción europea sigue siendo válida para la población, a pesar de la actitud crítica antes reflejada en cuanto a las ventajas obtenidas de Europa y se considera que es preferible hacer los sacrificios que sean necesarios para estar en el primer grupo que cumpla los objetivos de Maastricht. En suma, se está dispuesto a luchar por estar no ya en la Unión Europea, sino en su grupo de cabeza, pese a que un tercio de los entrevistados no respondió en la citada encuesta a esta pregunta por no considerarse bien informado.

Precisamente la ascética que exige el Tratado de Maastricht para preparar las economías nacionales para la unión produce presupuestos estatales sumamente restrictivos y hasta recortes en las prestaciones sociales de los países europeos. Contra ellos se manifiestan los sindicatos, aunque no se atreven con frecuencia a extremar sus reivindicaciones por no aparecer como contrarios a la integración europea, ya casi al alcance de la mano. Solamente un dirigente político nacional, Julio Anguita, Presidente del PCE y de la Coalición Izquierda Unida ha clamado contra la dureza de las condiciones impuestas y ha cuestionado públicamente si merece la pena sufrirlas, al mismo tiempo que ha criticado a la monarquía y a la NATO.

Pero esta es la gran excepción entre los principales políticos españoles, cuyas opiniones son sumamente favorables a la nueva fase de la integración y, además, muy expresivas. Así, José María Aznar formula su pensamiento con gran claridad:

«Quiero comenzar por reafirmar el irreversible compromiso del Partido Popular con la construcción europea. Durante la próxima Conferencia Intergubernamental queremos que Europa avance por el camino de la integración y creemos que el procedimiento seguido hasta ahora, es decir, la puesta en común de competencias vinculadas a la soberanía estatal, sigue siendo válido, como sigue teniendo validez el principio de que la Unión es antes que nada una Unión de Estados, o lo que es lo mismo, que son los Estados nación quienes han

de protagonizar y dirigir el proceso de la Unión Europea. El Estado nación sigue siendo el mejor ámbito de legitimación política y, por tanto, de identificación de los ciudadanos con los objetivos de la construcción europea. La prudente combinación de lo comunitario y lo intergubernamental es probablemente la mejor vía para avanzar sin riesgo. Partir de la diversidad europea, preservar el sustrato básico de las identidades nacionales, definir unas políticas comunes y establecer y perfeccionar gradualmente un sistema institucional europeo fueron elementos que integraron la voluntad de los padres fundadores y siguen siendo los elementos que permitirán edificar una Europa viva, que sea algo más que una mera expresión geográfica, o un edificio burocrático y artificioso alejado de los ciudadanos.¹⁵

El mismo político precisaba en otra ocasión lo recibido y lo aportado por España, de la manera siguiente:

«Efectivamente España se ha beneficiado de su integración europea, aunque más en términos políticos que económicos... España ha aportado a la UE la idea de ciudadanía —aún escasamente desarrollada—, una mayor importancia de la vertiente mediterránea en la política exterior común y, junto con Portugal, la dimensión iberoamericana de la UE... Por último, la experiencia española de descentralización aporta dos ideas útiles a la construcción europea: una forma de aplicar el principio de subsidiariedad y un instrumento útil de respetar los derechos de las minorías con Estatutos de autonomía limitada»¹⁶.

El anterior Presidente del Gobierno, Felipe González, no se aleja en absoluto de esa opinión, según lo atestiguan sus afirmaciones reproducidas a continuación:

«Para nosotros el deseo de incorporarnos (a la Unión Europea) suponía hacer irreversible nuestro proceso de institucionalización y nuestro diseño de política exterior... Creo que desde el comienzo de la integración, España, siendo el más pequeño de los países grandes o el más grande de los pequeños —estamos en una situación intermedia— ha jugado un papel que ha contribuido a la dinamización de Europa... ¿En qué se diferencia entonces el peso específico de España del de otros países europeos? Creo que se diferenciaría en algunos factores que son externos, por ejemplo, la proyección hacia América Latina, que no es una proyección

¹⁵ José María Aznar: «El Partido Popular ante la Conferencia Intergubernamental de 1996: primera reflexiones», en *Tres discursos sobre la Unión Europea*, INCIPE, Madrid, 1995, p.29.

¹⁶ Entrevista con José María Aznar en Michel Foucher y José Ignacio Oyarzábal (Eds.): *Visiones de Europa*, Fundación BBV, 1996, p.64.

evaluables en términos comerciales, sino en términos políticos. Otro valor añadido para España es su proximidad o sus vínculos o sus relaciones con el Mediterráneo. Estos dos factores han jugado en la especificidad de España dentro de la Unión Europea... Yo siempre he defendido la tesis de que los intereses nacionales no son contradictorios con los intereses europeos, más que en apariencia... A medio plazo, los intereses nacionales y europeos siempre tienen la tendencia a converger»¹⁷.

La rotundidad de estos textos hace innecesario traer también a colación aquí la opinión de los últimos Ministros de Asuntos Exteriores o del actual, que son lógicamente concurrentes con las de sus partidos y Jefes de Gobierno¹⁸. Mayor interés tiene en cambio mostrar cómo los grandes dirigentes políticos de las Comunidades Autónomas son igualmente favorables a la integración, aunque no lo sean por las mismas razones. Jordi Pujol es muy explícito sobre el particular:

«Y esto lo hacíamos pensando que en un futuro no demasiado lejano Cataluña podría ser uno de estos pueblos de Europa Unida. Y no solamente Cataluña, sino toda España. Porque Cataluña no ha sido solamente una punta de lanza europeísta en España, sino también una punta de lanza de España dentro de Europa, el ligamen más permanente de España con Europa... Siempre nos hemos enorgullecido de ser un país de origen carolingio... [Nuestra identidad está] dotada de un componente europeo muy fuerte, lo cual es aún más notable por el hecho de que, a lo largo de cuatro siglos, España ha vivido aislada de Europa. La integración de España en Europa ha sido capital, lo es y lo continuará siendo porque no es simplemente el fruto de una decisión política o económica, sino porque significa una inflexión histórica. Después de cuatro siglos, podemos decir que España vuelve, que España se ha reintegrado a Europa. Este aislamiento era para nosotros, que teníamos una cultura de origen o de arrastre europeo, mucho más profundo que para el resto de España y era vivido como una separación particularmente dolorosa»¹⁹

Xabier Arzalluz, Presidente del PNV, desarrolla un discurso que también pasa por Europa, aunque como una meta que exigirá la disolución de los actuales Estados nación y hará eventualmente posible la integración directa del País Vasco en la Unión Europea:

¹⁷ Entrevista a Felipe González en Michel Foucher y José Ignacio Oyarzábal: *Visiones de Europa*, Fundación BBV, 1996, pp. 91, 95 y 104.

¹⁸ Una visión bastante completa de la actitud de los partidos políticos españoles ante la adhesión a la Comunidad la presenta el libro de Blanca Álvarez-Miranda: *El sur de Europa y la adhesión a la Comunidad. Los debates políticos*, CIS, Madrid 1996, pp. 213-310.

¹⁹ Jordi Pujol: *Catalunya Espanya*, Edición de Ramón Pi. Espasa, Madrid 1966, pp. 263-264 y 270.

«Es evidente que en los procesos de conjunción de ámbitos mayores, con sus consecuencias políticas —si se crea un mercado y una moneda y se abren unas fronteras— se presenta una situación estructural que no es la anterior de un Estado... Lo de pérdida de competencias hacia arriba y hacia abajo es real. En ese contexto, ¿qué quedará de los llamados Estados nacionales? No lo sé... Nuestro razonamiento es hoy que en el PNV, desde su europeísmo, que podemos remontar al año 49, nos planteamos cuándo los Estados van a perder ejércitos, mercados, monedas... ¿Qué vamos a hacer nosotros yendo a buscar un Estado vasco? En función de eso, vayamos a aquello que en Europa vaya a quedar, este es el único quiebro que ha hecho el Partido Nacionalista Vasco ante este análisis»²⁰.

Manuel Fraga, el gran veterano de la política liberal-conservadora española, ahora Presidente de la Xunta de Galicia, cierra esta brevísima antología de actitudes y opiniones políticas sobre la integración de España en la UE y lo que ella significa:

«A pesar del intento de algunos de utilizar el tema europeo como arma en la lucha política interior, pronto, afortunadamente, como uno de los factores importantes del consenso nacional que hizo posible la transición política de los años 70 y 80, se fue creando una conciencia generalizada de que la integración de España en Europa era una cuestión de interés nacional, más allá de las diferencias de matices de partido. No habría de ocurrir así, por desgracia, en relación con la OTAN y en general con los temas de defensa, a lo menos en un primer momento. Pero la Europa Comunitaria fue aceptada de un modo muy amplio, como un factor positivo para la modernización de la sociedad española (inclusive el desarrollo político) y también de estabilidad en medio de los problemas de la transición»²¹.

OBSERVACIONES FINALES

Esta ya larga exposición ha sido simplemente un recorrido por la visión intelectual de Europa desde España, primero, y por sus entrañamiento en

²⁰ «Entrevista a Xabier Arzalluz», *La Vanguardia*, 22 de julio de 1996.

²¹ Manuel Fraga Iribarne: *España y Europa*, Planeta, Barcelona, 1989, p.15

lo más hondo del pueblo después, cuando la gran transformación socioeconómica del país hizo posible la tan soñada y aparentemente poco probable «europeización obrera». La persistencia del ideal europeísta encontró su encaje apropiado cuando se operó la transición democrática y se hizo al fin posible la incorporación a una Europa ya en marcha. Desde la firma del Tratado de Adhesión no han sido felices todos los momentos, ni mucho menos, y de este modo al inicial entusiasmo de la opinión pública le siguió un perceptible desencanto, aunque éste no ha llegado nunca a volcar la voluntad de todos los españoles de contribuir a la nueva organización del viejo Continente y se ha recuperado bastante. En lo más profundo subyace la convicción de que Europa representa para España la modernización y se abre paso, por añadidura, la apetencia no ya de la sincronización por la que suspiraron los hombres de la generación del 1898, sino de la equiparación con el pelotón de cabeza. En resumen, se quiere que España figure en la primera línea europea, arrumbando los rasgos de una identidad colectiva que, sobre ser contradictoria y muy discutible, ha rayado no pocas veces en la caricatura²².

²² Ver Inman Fox: *La invención de España*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 201-210.

